

SÓCRATES ENAMORADO

Cómo se hace un filósofo



ARMAND
D'ANGOUR

Ariel

Armand D'Angour

Sócrates enamorado

Cómo se hace un filósofo

Traducción de Amelia Pérez

Ariel

Título original:
Socrates in Love

Primera edición: enero de 2020

© 2019, Armand D'Angour
© 2019, Amelia Pérez de Villar Herranz, por la traducción

Imágenes del interior (pág. 150): bustos de Sócrates, © Granger, NYC/Album (derecha)
y © Musei Capitolini Rome/Akg-images/Album (izquierda)

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3160-7
Depósito legal: B. 26.301-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado
como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Cronología. Acontecimientos relativos a Sócrates</i>	11
<i>Prefacio.</i>	13
<i>Introducción. Bajando a Sócrates de las nubes</i>	19
1. Por amor de Sócrates	43
2. Sócrates guerrero	61
3. Entra Alcibíades	87
4. El círculo de Pericles	107
5. Ha nacido un filósofo	131
6. El misterio de Aspasia	159
<i>Epílogo</i>	173
<i>Biografía de Sócrates</i>	175
<i>Agradecimientos</i>	187
<i>Notas</i>	189
<i>Bibliografía.</i>	207
<i>Índice temático</i>	211

POR AMOR DE SÓCRATES

¿Qué es el amor? La pregunta se formula en un comedor bien amueblado de Atenas, iluminado con lámparas de aceite titilantes, en casa del dramaturgo Agatón. La fecha, 416 a. C. Un grupo de hombres reclinados en divanes contemplan a Sócrates mientras habla y le escuchan arrobados. Algunos ya han pronunciado su propio discurso sobre el tema, y es el turno de Sócrates. Hombre rechoncho, de constitución robusta y de unos cincuenta años, con los ojos muy separados y la nariz chata, Sócrates habla con reposada seguridad y su presencia tiene un poder hipnótico: «Lo único de lo que de verdad sé algo es del amor», dice.¹

Parece que habla en serio. Sus oyentes saben, sin embargo, que es un maestro de la ironía, de manera que no tienen muy claro si deben tomarse esa afirmación al pie de la letra. No dudan de que esté diciendo la verdad, como tampoco dudarían de la existencia del dios Apolo, que pronuncia sus confusos oráculos en Delfos por boca de una niña sacerdotisa, la Pitia. Pero ¿a qué se refiere Sócrates cuando habla de «saber», si tiene fama de ir por ahí afirmando que solo sabe que no sabe nada? Igual que las afirmaciones del oráculo de Delfos suenan siempre ambiguas, da la impresión de que las palabras de Sócrates tienen un significado oculto. La palabra que Sócrates emplea para hablar del «amor» es *erōtika*, que significa literalmente «todo lo referente a Eros» o «ám-

bito de lo erótico», y es muy parecida a otro término griego, *erōtan*, que significa «hacer preguntas». Como Sócrates se ha hecho un nombre como pensador que solo ofrece preguntas y no respuestas, tal vez el comentario esconde un tinte irónico. ¿Sugiere acaso a su público que su conocimiento del amor reside en el arte de hacer preguntas?

EL MISTERIO DEL AMOR

Lo siguiente que dice Sócrates nos ofrece la respuesta definitiva a la pregunta ¿Qué es el amor?, pero él no da la respuesta: explica a su audiencia que se trata del relato de una conversación que mantuvo tiempo atrás —suponemos que en su juventud— con una mujer sabia llamada Diotima y en la que él hacía preguntas sobre el amor y ella le daba la respuesta. Incluso cuando ofrece su disertación sobre el amor continúa Sócrates siendo el que pregunta, en lugar de aportar su propia doctrina sobre el tema. Describe a Diotima como la sacerdotisa de Mantinea, una ciudad en el área central del Peloponeso, a unos ciento sesenta kilómetros al suroeste de Atenas. La ciudad era famosa por su música y sus bailes típicos.² Sócrates, sin embargo, afirmaba que la música suprema es la filosofía, porque es la búsqueda de la sabiduría, y sabiduría es lo que él busca en Diotima: «Siempre que hablaba conmigo me enseñaba cosas sobre el amor».

Muchos han percibido un doble sentido en esta afirmación, pero a Sócrates no le obsesiona y tampoco se cuenta que ninguno de los presentes se riese o sorprendiera. Lo que sí sorprende es que Platón nos cuente que Sócrates, hablando a una audiencia compuesta exclusivamente por hombres, atribuya su instrucción a una mujer. En todos los diálogos de Platón, unos treinta, es la única vez que se da esa situación. O casi, porque solo hay otro diálogo, *Menéxeno*, en el que Sócrates aparece recibiendo instrucción también de una mujer: Aspasia, viuda de Pericles.

Se estima que Diotima es un personaje ficticio. Su nombre significa «honrada por Zeus» o «la que honra a Zeus» y el nombre de su ciudad de origen, Mantinea, parece concebido para recordarnos —o para gastar una broma con ello— que en griego la palabra *mantis* significa «profeta». ³ De modo que Sócrates, según se ha comentado, está atribuyendo una doctrina profunda y misteriosa sobre el amor a una mujer visionaria y de gran inteligencia que además se encuentra en una situación privilegiada para conocer su significado. Y aunque no podemos saber si alguna vez existió esa mujer llamada Diotima, Sócrates la relaciona en *El banquete* con una acción histórica concreta: dice que en una ocasión aprovechó su sabiduría en nombre de los atenienses, cuando estos estaban haciendo sacrificios para mantener alejada la peste: consiguió posponer la epidemia, que llegó diez años después de lo que estaba previsto.

Este logro, extrañamente concreto, apenas ha atraído algún intento de explicación. Sin embargo, como la peste llegó a Atenas en el año 430 a. C., esta curiosa referencia coloca nuestra atención sobre el año 440 a. C. ¿Qué sucedió ese año para que Sócrates pudiera comentar que «estaba previsto» que la plaga llegara entonces?

El suceso histórico más destacado del 400 a. C. fue la expedición de Pericles para conquistar la poderosa isla de Samos, supuestamente a petición de la que era su ciudad rival desde hacía mucho tiempo en la península Jónica: Mileto. Fue un episodio que alcanzó notoriedad por varias razones. En primer lugar, se dice que Pericles dirigió la campaña, que incluiría batallas navales y en tierra y un largo asedio, con sorprendente brutalidad. Ese triste relato nos lo cuenta Duris, gobernante de Samos a finales del siglo IV, que escribió una historia de su isla: Duris contaba que tras vencer a sus enemigos en una batalla naval, Pericles colgó a los mandos militares y a los marineros samios en cruces, en la plaza del mercado de Mileto. El filósofo Meliso, que según consta fue uno de los comandantes de la flota samia frente a los

atenienses y que pudo haber conocido personalmente a Sócrates en una visita a Samos en tiempos más felices, unas dos décadas antes, hubo de ser una de las víctimas de Pericles.

Duris continúa su relato: al cabo de diez días Pericles ordenó que se matara a palos a los prisioneros crucificados y sus cuerpos se tirasen por ahí, sin entierro ni ritual. Es este un procedimiento que se considera una ofensa a los dioses: sin duda, a los ojos de los supersticiosos griegos aquello reportaría algún tipo de venganza divina contra Atenas, y la peste se consideraba la forma típica de castigo divino por esa transgresión. No obstante, no se manifestaba de manera inmediata: cuando la peste llegó a Atenas en el 430 a. C. y reclamó como víctimas a Pericles y a sus dos hijos mayores, Jantipo y Páralos, muchos pensaron que aquel era el castigo de los dioses por su inadmisibles conducta en Samos, diez años atrás.

Por otra parte, se dijo que aquel ataque innecesario y desproporcionado a Samos por parte de Pericles había sido consecuencia de su deseo de satisfacer a Aspasia, cuya familia era de Mileto, ciudad archienemiga de Samos. Los griegos estaban muy familiarizados con esa idea que transmite la célebre expresión francesa *cherchez la femme* y que quiere decir que es fácil descubrir la mano de una mujer detrás de muchos acontecimientos y actos: el más grande de todos los poetas, Homero, ya identificó a Helena de Troya como causante de la guerra que lleva su nombre. Las obras teatrales cómicas de la época, las de Cratino y Eupolis, que eran los mayores rivales de Aristófanes, atacaron a Aspasia en términos sexistas y extraordinariamente groseros por su perversa influencia en la política ateniense: la describieron con palabras tan poco halagadoras como «ramera» o «madre de un bastardo» (el hijo de una mujer no ateniense podía considerarse ilegítimo) y se burlaron de su ciudad natal, Mileto, diciendo que había reventado el mercado al ponerse a la cabeza de la exportación de consoladores.⁴ La respuesta de Pericles a todos estos insultos fue una propuesta de ley de cen-

sura temporal, la primera de este tipo que se aprobó en Atenas, para prohibir los ataques a personas vivas.⁵

Entonces ¿dejó Platón alguna pista de la verdadera identidad de Diotima con esa sugerencia suya de se pospuso la peste? ¿Es la Diotima de *El banquete* un trasunto de una mujer real, de Aspasia? Las referencias a estos acontecimientos del 440 a. C. llevarían la atención de algunos lectores de Platón hasta el sitio de Samos, a manos de Pericles, y a la influencia que Aspasia ejerció a la hora de promoverlo, así como la espeluznante muerte de los prisioneros samios según órdenes de Pericles: una felonía que bien podía haber impulsado a la angustiada Aspasia a buscar el modo de aplacar la ira divina organizando algún sacrificio expiatorio.⁶

Encontramos otra pista en el significado de su nombre, Diotima, «honrada por Zeus». A Pericles le daban con frecuencia el sobrenombre de Zeus, sobre todo los poetas cómicos —Cratino especialmente— y eso tuvo sin duda su reflejo en el habla popular. La comparación con el dios supremo era un reconocimiento de su dominio político y de su oratoria altiva, «olímpica». Además, era notoria la forma en que honraba a Aspasia, a quienes los cómicos llamaban Hera, como la esposa de Zeus. Plutarco cuenta que era famoso porque le daba un beso enamorado dos veces al día, cuando salía de casa y cuando regresaba:⁷ un comportamiento muy poco usual en la vida de la antigua Atenas.

Visto en retrospectiva es imposible pasar por alto estas pistas sobre la identidad de Diotima. Parecen diseñadas por Platón para confirmar que la figura de Aspasia, reconocida en *Menéxeno* como instructora de Sócrates, es la de la «mujer sabia» que tiempo atrás había enseñado a Sócrates la doctrina que se disponía a exponer. ¿Por qué quería Platón —cuyo conocimiento del papel que desempeñó Aspasia en el asunto de Samos y sus consecuencias no podía ponerse en duda— ocultar su identidad, aunque fuese con un velo lo suficientemente fino como para que pudiera atravesarlo

cualquiera al que no cegara prejuicio histórico y estuviera dispuesto a dedicar un momento al asunto?

Aunque Pericles presentó la campaña de Samos como un éxito militar y los atenienses, en general, lo percibieron así, aquella actuación debió dejar, tanto a ojos de Sócrates como de los demás atenienses, una mancha indeleble que afectaba tanto a Pericles como a Aspasia. Para evitar que eso influyera negativamente en los lectores de *El banquete* y su opinión sobre la doctrina del amor de Diotima, Platón no quiso nombrar explícitamente a Aspasia como autora de esas teorías, aunque el propio Sócrates lo hubiera hecho alguna vez.

En este caso, además, la doctrina en cuestión hablaba de cómo funciona el amor, lo que seguramente afectó a la forma de pensar y a la conducta del joven Sócrates mucho más que cualquier otra experiencia que hubiera vivido hasta entonces. El filósofo estaba imbuido de una tradición poética y literaria que consideraba que el amor era crucial para la vida y la conducta del hombre: los mitos de los que hablan Homero y los trágicos y las canciones de amor de Arquíloco, Safo, Anacreonte y otros poetas líricos. Y su visión filosófica sobre la forma en que debe uno vivir su vida también se habrán formado, seguramente, a raíz de las vivencias de sus primeros años. Entre las más vitales de esas experiencias se encontraban, creo, su relación y su interacción personal con Aspasia, reconocida como la mujer más elocuente de su época y, aunque en general los historiadores —antiguos o modernos— no lo han admitido así, merece ser considerada una de las mujeres más influyentes de la Antigüedad, desde el punto de vista intelectual.

ELOGIO DE EROS

Escrito en la década de 380 a. C., cuando Sócrates llevaba muerto más de diez años, *El banquete* describe un suceso que tuvo lugar varias décadas antes. No podemos garantizar que los

acontecimientos se desarrollaran como los cuenta Platón. Quizá se celebró un banquete y puede que asistiera Sócrates, pero no podemos saber a ciencia cierta si hubo un debate como el que describe Platón, ni si son veraces los detalles que nos ofrece.

Platón nació en el año 424 a. C., aproximadamente, de modo que en el 416 a. C., fecha clave en la que se sitúa *El banquete*,⁸ era solo un niño. En ese año el dramaturgo Agatón, joven, estiloso y ostentosamente afeminado, ganó el primer premio de las Leneas —festival religioso celebrado a finales del invierno— con una tragedia de su autoría. La obra de Agatón se estrenó en el Teatro de Dionisos ante miles de espectadores que llegaron de todas las ciudades y pueblos de Ática. Dada la época del año en que se celebraba el festival pocos griegos se hacían a la mar, de modo que a diferencia de lo que había sucedido en las Dionisias Ciudadanas del 423 a. C., cuando se estrenó *Las nubes*, seguramente asistieron pocos espectadores no atenienses, si es que había alguno.

Dos noches después se reunió en casa de Agatón un grupo de amigos para festejar el premio: era un *symposion*, palabra griega que significa literalmente «beber juntos», y no lo que ha llegado a significar la palabra *simposio*, que se refiere a una ocasión más cerebral. Platón cuenta que, transcurridas cuarenta y ocho horas, el grupo estima que todo el mundo ha bebido suficiente: los hay que aún siguen atendiendo alguna resaca y, uno de ellos, el médico Erixímaco, se muestra muy preocupado por los peligros de darse al vino en exceso. Así que deciden, en lugar de seguir bebiendo, pasar la tarde hablando del amor. O, mejor dicho, hablando de Eros, que es la personificación divina del amor y todo lo que representa.

¿Por qué el amor? ¿Por qué Eros? La mayoría de los participantes en ese acontecimiento llamado *diálogo* (que es el término que emplea Platón en todos sus escritos, aunque el nivel de intercambio entre los asistentes varía mucho) se pre-

sentan como amigos o amantes entregados. A excepción del propio Sócrates y del dramaturgo Aristófanes, todos acuden al banquete acompañados por una pareja o un amigo íntimo. El que sugiere el tema de la conversación es uno de los más jóvenes, Fedro, amigo de Erixímaco desde hace mucho tiempo. Afirma que el amor —es decir, el dios Eros— nunca ha sido ponderado por poetas u oradores, pero merece que lo hagan. Y muestra un entusiasmo juvenil en su propio elogio del amor.

Tras el panegírico que Fedro hace de Eros media docena de asistentes, incluido Aristófanes, se turnan a lo largo de la velada para presentar su propia concepción del amor, más o menos seria. El hecho de que el propio Aristófanes aparezca como asistente al banquete se ha empleado para apuntalar la teoría de que a pesar del retrato burlesco que hizo del personaje de Sócrates en *Las nubes*, en la vida real los dos hombres (al menos después de estrenarse la obra) se llevaban bien. La contribución del poeta satírico al elogio de Eros en el diálogo toma la forma de un mito, un entretenido *tour de force* que constituye el discurso más memorable de todos los que se presentaron en *El banquete*.

Originalmente, dice Aristófanes, los seres humanos eran simples compuestos de hombre y mujer: de formas redondas, eran criaturas rollizas con cuatro brazos y cuatro piernas que apuntaban en direcciones opuestas, cuatro orejas, dos juegos de genitales, y así sucesivamente. Su fuerza insolente les volvía excesivamente ambiciosos, y hasta intentaron ascender a los cielos para atacar a los dioses. Zeus y el resto de deidades hablaron de qué hacer al respecto: no querían aniquilar a los humanos porque eso significaría el fin de todos los honores y sacrificios que podían conseguir. Así que Zeus ideó un plan para debilitar a esas criaturas dividiendo a cada uno en dos: los cortó por la mitad, como si estuviera partiendo un huevo duro por medio con un alambre. Cuando la criatura original quedaba cortada en dos partes, cada una de esas partes echaba de menos a la otra:

intentaban desesperadamente volver a juntarse, pero no lo lograban. Y así sigue la cosa, dijo Aristófanes: cada uno de nosotros es solo medio ser humano; estamos sumidos en una eterna búsqueda de nuestra otra mitad. El amor es la fuerza que nos lleva a intentar restablecer nuestra naturaleza original para volver a estar completos.

Por cómico y absurdo que sea este relato, al encarnar la idea de que el amor significa «encontrar nuestra otra mitad», la fábula de Aristófanes parece indicarnos una verdad conocida y que nos seduce. Pero si uno extrae las implicaciones de la historia surge un retrato diferente del amor, menos satisfactorio. En primer lugar, la gente siempre está condenada a errar en su búsqueda del amor, porque su «otra mitad» original ha muerto y desaparecido para siempre. Así que los seres humanos de hoy nunca pueden lograr esa completitud a la que aspiran: tienen que apañarse con cualquier otro ser que nunca será su complemento original. Y tal vez más importante, sin embargo, es suponer que el ideal definitivo del amor es encontrar la imagen especular de uno mismo, dejando que el amante se relaje y se suma en ese egocentrismo omnipotente que condujo, en primer término, a la desaprobación de Zeus. El amante satisfecho no hará más que sintetizar la completitud imaginada de la infancia, en lugar de buscar una nueva dirección psicológica y espiritual bajo la influencia de un amante independiente y ligeramente crítico.

El resultado es lo opuesto a lo que Sócrates, en su presentación, considera fundamental para la importancia y el poder del amor. Cuando sale al centro explica que no se va a limitar a contar una historia o un relato veraz: va a contar toda la verdad del amor, dice, tal y como en una ocasión se lo oyó contar a Diotima. En el relato que hace Platón de su disertación, la doctrina introduce a sus oyentes en el corazón de un misterio.

El amor, según Diotima, puede entenderse utilizando la imagen de una escalera. Los peldaños inferiores represen-

tan el deseo carnal que sentimos por los individuos que nos resultan atractivos. Estimulados por su belleza, los amantes tratan de perpetuar su amor engendrando hijos mediante la relación sexual con el objeto de su amor. A medida que suben más peldaños de esa escalera, sin embargo, la naturaleza de ese objeto cambia. Lo que uno ama en realidad no es un cuerpo, o una persona, sino las cualidades de bondad y belleza que encierra esa persona: las cualidades que hacen que un individuo merezca ser amado. Y esas cualidades, dice Diotima, generan en el amante el deseo de perpetuar su relación con el ser amado, una relación que nunca muera. De este modo los peldaños más altos de la escalera representan para el amante los valores eternos de bondad o belleza. En este estado, los individuos cultivados trascienden el mundo material e intentan producir no un fruto físico a través de la relación carnal, sino una serie de ideas perdurables estimuladas por la belleza que han encontrado.

Esta revelación bien podría describirse como un misterio. De los innumerables intentos de proponer respuestas a la pregunta de qué es el amor, *El banquete* de Platón sigue siendo uno de los más misteriosos. Ha dado pie a la noción popular de amor «platónico», un afecto profundo entre dos personas que no tiene necesariamente un componente sexual, aunque para algunos lo tenga, y que ha sido objeto de discusión a lo largo de muchos milenios, desde que Platón escribió su diálogo.

Platón deja claro que él no estaba presente en el banquete del que habla. Dada la fecha, 416 a. C., él debía tener unos ocho años en aquellos tiempos. Así que nos cuenta la historia por boca de un tal Aristodemo, que tampoco estaba allí, pero que lo oyó de alguien que sí estuvo y que a su vez contó la historia al hermano de Platón, Glauco. Este astuto distanciarse de la narración siembra la sombra de una duda sobre la veracidad de la historia, si tiene alguna base sólida o si puede que no sea más que un relato inventado de lo que aconteció. Tal vez *El banquete* tuviera que interpretarse, a fin

de cuentas, como la exploración del fenómeno por parte de Platón, y no como la exposición de la idea del amor según Sócrates o cualquier otra persona.

¿Qué tuvo que ver con el amor el Sócrates real?

EL SÓCRATES AMANTE

Aunque para muchos el tema del amor puede ser menos representativo de las ideas y experiencias de Sócrates que otros temas como —pongamos por caso— la justicia, la buena vida y la búsqueda de la verdad, para otros es el amor, en sus distintas manifestaciones, algo fundamental para la vida y el trabajo. Aunque su elaboración más plena y celebrada se encuentra en *El banquete*, el amor también influye en las innumerables interacciones de Sócrates con amigos, admiradores y discípulos en el curso de una vida que, como muestra Platón, estuvo dedicada a la filosofía: una palabra cuya forma griega (*philosophia*) significa «amor por la sabiduría».

¿Podemos pasar de reconocer que Sócrates era un filósofo profundamente interesado en el amor a aceptar la noción de Sócrates enamorado? Las implicaciones románticas de esa frase suscitan, inevitablemente, una serie de implicaciones biográficas que son inciertas. Nos piden que imaginemos al filósofo cautivado por un objeto de deseo o por una persona amada, mientras la imagen de Sócrates que persiste, derivada de los escritos de Platón y Jenofonte, es la de un hombre cuya vida estuvo subordinada de forma expresa a unos objetivos más elevados: éticos, filosóficos y de educación. Estos autores están interesados en mostrarnos que fueron aquellas actividades suyas relacionadas con la búsqueda de algo superior y no otros episodios, de naturaleza erótica y más personal, lo que le llevó a vivir los acontecimientos históricos por los que se le ha llegado a conocer: su juicio y su muerte.

Pero Platón también nos habla de un Sócrates que se jac-

taba de estar «siempre enamorado», mientras Jenofonte dice que Sócrates afirmaba que no era capaz de citar «un momento de su vida en el que no hubiera estado enamorado de alguien». Junto con otros muchos testimonios, estas afirmaciones confirman que Sócrates no era ajeno a los sentimientos y las relaciones amorosas. Ambos autores han hecho constar que Sócrates amaba a una persona: el bello Alcibíades, eternamente joven. Sócrates era veinte años mayor que él, pero le había conocido cuando él también era joven. En el *Protágoras* de Platón, cuya acción se desarrolla en el año 435 a. C. (cuando Alcibíades tenía unos quince años y Sócrates treinta y cuatro) parece que ya se conocían desde hacía algún tiempo. En *El banquete* Alcibíades (ya en la treintena) niega con pesar, pero también con energía, que Sócrates fuera alguna vez su amante en un sentido que no fuese el espiritual. De ahí nuestro uso de la expresión «amor platónico». La misma insistencia deja claro, sin embargo, que tanto los participantes en ese banquete como los lectores de la obra encontraban sorprendente la supuesta abstinencia de Sócrates.⁹

Es complicado encontrar datos de otras personas con las que pudiera haber mantenido relación o de las que pudiera haber estado enamorado. No hay duda de que el joven y apuesto Cármides, que aparece en el diálogo de Platón del mismo nombre, era en aquel momento el depositario de la devoción de Sócrates. Platón presenta a Sócrates vencido por el deseo físico más básico solo con ver la carne desnuda de Cármides. Y ese momento da inmediatamente paso a otro más profundo de interacción intelectual y filosófica. Al parecer, el tema de ese diálogo es un debate sobre el autocontrol: muy apropiado.

¿Podía entonces afirmarse que Jantipa era el objeto de su devoción romántica? Se cree que su nombre sugiere alguna conexión con el líder ateniense de los Alcmeónidas, Pericles, cuyo padre —al igual que su hijo mayor— se llamaba Jantipo. De ser así Jantipa era una mujer de alta cuna y pudo

haber dado a Sócrates una dote para ayudarlo a mantener su nivel de vida cuando ya era un hombre mayor. Según el testimonio de Platón, era la madre de los tres hijos del filósofo: Sofronisco, Menéxeno y Lamprocles, y estuvo con él hasta su muerte. Los biógrafos la han descrito como una mujer vivaz y exigente, y algunos autores posteriores hablan de ella en términos misóginos y dicen que era una arpía. Pero Sócrates no pudo conocer a Jantipa antes de los cincuenta años, quizá no antes del 416 a. C.: y en esa fecha ella no debía de tener más de veinte años, porque llevaba en brazos al pequeño Lamprocles en el momento de la muerte de Sócrates, diecisiete años después.¹⁰ Independientemente del amor que Sócrates sintiera por Jantipa, su relación con ella no fue un amorío de juventud de los que cambian la dirección de una vida, y desde luego no transformó su forma de pensar.

Además, el relato de Platón parece haber limpiado un poco la controvertida realidad del estado civil de Sócrates. Algunas fuentes fiables —Aristóteles y Aristógenes— prueban que el filósofo se casó dos veces; otros han llegado a acusarle de bigamia al afirmar que con él y Jantipa vivía una mujer llamada Mirto, hija de Lisímaco, amigo íntimo del padre de Sócrates y del mismo demo que él, Alopeke. Y el historiador Plutarco da una explicación muy inocente: que Sócrates y Jantipa la acogieron después de que enviudara, porque vivía pasando estrecheces.¹¹ Sócrates debía de tener más o menos la edad de Mirto y seguramente se trataban desde la infancia, porque tenían conocidos comunes en Alopeke.

Tanto Aristóteles como su alumno Aristógenes afirman que Sócrates se casó con Mirto y tuvieron dos hijos, Sofronisco y Menéxeno. Estos autores no se atreverían a contradecir a Platón si no hubiera una razón de peso. Aristógenes dice también que Jantipa, a la que describe como «ciudadana, pero de clase baja», comenzó su relación con Sócrates mucho después y era la madre del menor de sus hijos, Lamprocles.¹² De modo que la aristócrata Mirto pudo haber sido la única esposa legítima de Sócrates, y la madre de sus dos hi-

jos mayores.¹³ No obstante, en la *Apología* de Platón, Sócrates afirma que tiene «tres hijos, uno de ellos ya un joven, los otros dos aún niños».¹⁴ Si lo que intentaba Platón era maquillar los hechos para mostrarnos a su maestro bajo una luz más compasiva, quizá lo más acertado era sugerir que Sócrates tenía tres hijos y omitir toda alusión a un matrimonio previo con la aristócrata Mirto.

En cualquier caso, y dado su estilo de vida filosófico, Sócrates no podía apenas cumplir con sus obligaciones paternas y conyugales con entusiasmo ni diligencia ejemplar. Si, como parece, se hubiera casado con Mirto en una fase mucho más temprana de su vida, cuando ella enviudó de un matrimonio anterior (muchos maridos atenienses morían jóvenes, en la batalla), y hubiera tenido con ella a sus dos hijos mayores, eso podría explicar la impresión que dio de ser una pobre viuda a la que acogió en su casa. De ser eso cierto, podría haber coincidido con Jantipa: un relato con origen en Aristógenes nos habla de dos mujeres que discuten entre sí y que solo paran para meterse con Sócrates, que las contempla riéndose.¹⁵ Algún tiempo después Jantipa debió de convertirse en pareja de Sócrates, quizá después de fallecer Mirto, y tuvo a su hijo menor, Lamprocles.¹⁶ Pero tanto si Sócrates estuvo casado con Mirto de joven o de viejo, de sus sentimientos hacia ella no se nos ha dicho nada.

Luego está lo que se ve, pero de lo que nunca se habla: el elefante (o quizá deberíamos decir del hombre elefante) en la sala: mientras Platón y Jenofonte hablan de Sócrates con afecto y admiración, ambos inciden en que el hombre al que conocieron estaba lejos de ser bien parecido. Avalan sus descripciones muchas esculturas e imágenes pictóricas de la Antigüedad que han sobrevivido y que dan la impresión de que Sócrates era, siendo benévolo, poco atractivo físicamente y en el peor de los casos sumamente feo. En los bustos antiguos se le representa con la nariz chata, los ojos muy separados y una calva en la coronilla rodeada por una mata de pelo desaliñada. Otras representaciones completan su

presencia corporal: era rechoncho, con el tórax grueso, y barrigudo. Y aunque todo esto no configura una imagen por la que se pueda sentir con mayor o menor razón deseo o atracción romántica, el hecho de que alguien tan poco atractivo físicamente pudiera establecer lazos tan fuertes de afecto e incluso provocar —gracias a su carisma y a que estaba dotado de una gran belleza interior— una atracción erótica intensa, es la paradoja que el propio Alcibíades, famoso por su belleza, expuso con brillantez y energía en *El banquete*. Naturalmente, esto no persuadirá a muchos lectores de que como amante en el sentido estricto de la palabra el Sócrates maduro o anciano debió resultar atractivo: tenemos que remontarnos a sus años de juventud para ver surgir un escenario mucho más creíble.

Un ateniense, varón, al que hasta sus alumnos más admirados describen como «vigoroso y lleno de Eros», que según Platón podía declararse atrapado por un «deseo animal» solo con ver de pasada el torso desnudo del joven Cármides y del que uno de sus propios discípulos, Fedón, dijo que era «adicto a las mujeres», tuvo que haber vivido en sus años mozos historias de amor con parejas de ambos sexos.¹⁷ El silencio de quienes fueron testigos de los primeros años de Sócrates, como Aristófanes, respecto a sus rasgos, supuestamente tan poco atractivos, sugiere que Sócrates no siempre fue conocido por ser tan feo como muestran sus últimos retratos. Cualquier hombre de mediana edad, aunque haya sido antes atractivo e incluso atlético, comienza con los años a perder pelo y tono muscular, a ganar algo de volumen en la cintura y a dar signos de mejillas fofas. El rey Enrique VIII, por ejemplo: fue famoso de joven por su belleza física y su porte atlético, pero tras ser herido en unas justas cuando tenía más de cuarenta años se volvió sedentario y, en consecuencia, cada vez más corpulento. Si imaginamos a Sócrates de joven no es preciso que nos dejemos llevar por esa imagen suya de «amante feo» que nos presentan Platón y Jenofonte.

Un orador del siglo IV a. C. nos ofrece una visión de las

relaciones sexuales que podría ser perfectamente definitiva del ateniense típico: «Tenemos amantes para el placer, concubinas para el cuidado diario de nuestro cuerpo y esposas para la procreación de hijos legítimos».¹⁸ Una fuente posterior indica que Sócrates, de joven, tendía a una conducta sexual sin cortapisas, antes de seguir la senda del estudio intelectual, más sobria.¹⁹ Lo más probable es que incluso antes de casarse con Mirto y de comenzar su relación con Jantipa ese Sócrates tan activo sexualmente disfrutara de numerosas relaciones esporádicas y otros tantos devaneos. Algunos de sus amoríos de juventud hubieron de tener lugar con gente de su misma edad y de su entorno.

Para encontrar una ocasión en la que Sócrates estuviera «enamorado» tenemos que remontarnos, por tanto, a su juventud o a los primeros tiempos de la edad adulta, cuando según confirman pruebas directas e indirectas era un buen bailarín, un extraordinario soldado y un mujeriego infatigable. Y ahí podremos buscar a alguien de quien el joven Sócrates, de un modo adecuado a las circunstancias sociales de su época y lugar, pudiera haberse enamorado. Podríamos descubrir también que Sócrates vivió incluso el tipo de relación amorosa que le llevó por la senda del pensamiento y le impulsó a reflexionar, de una manera muy original, sobre el amor en sí mismo y sobre otros aspectos fundamentales de la vida y la conducta humana que le preocuparon mucho en años posteriores.

Dado que el objetivo de los biógrafos era presentar a Sócrates como un hombre injustamente condenado a muerte (finalidad apologética), la historia de Sócrates suele contarse al revés: empezando por el final y narrando su juicio y muerte antes de proceder —si al final se hace, que no siempre es así— al relato de sus primeros años.²⁰ Las pruebas que ofrecen esas y otras fuentes de las primeras décadas de su vida, que existen aunque sean mucho más escasas, rara vez se examinan con detalle. Sin embargo, es significativo que uno de los primeros acontecimientos que se pueden marcar

en la biografía de Sócrates tal como nos la muestra Platón describe un momento de acción, y no de reflexión.

En *El banquete* nos encontramos con varios asistentes —el médico Erixímaco, Aristófanes y Agatón— que ofrecen sus propias disertaciones sobre Eros. Uno de los participantes, Pausanias, sostiene que el amor exige estar dispuesto a dar la propia vida por la persona amada. Después interviene Sócrates, expone las opiniones de Diótima y los acontecimientos dan un giro inesperado: Alcibíades, amigo y admirador de Sócrates, irrumpe en la reunión. Al ver que está allí Sócrates Alcibíades se lanza a pronunciar un apasionado discurso elogioso no sobre el amor, sino sobre Sócrates. Aunque su intervención describe y hace honor a algunos de los atributos de Sócrates, más que de Eros, dado el tono del diálogo el objetivo de Platón parece ser, sencillamente, el de presentar a Sócrates a través de los ojos de Alcibíades como la personificación del amor.

A lo largo de la intervención de Alcibíades y tras un intenso panegírico de la fortaleza de Sócrates al enfrentarse a las duras condiciones del servicio militar, nos enteramos de que rescató a Alcibíades en una batalla que tuvo lugar en el 432 a. C. El momento en el que salva la vida de Alcibíades en una batalla es el más dramático y activo de la vida de Sócrates contada por Platón.

Algunos lectores han hecho sus conjeturas al respecto, y han creído que la experiencia de estar a punto de perder a su amigo del alma en una batalla constituyó un hito decisivo en la vida y el pensamiento de Sócrates.²¹ Pero el relato que hace Platón del exitoso rescate no da razones para asumir algo así: *El banquete* muestra más bien que a los treinta y siete años ya hacía tiempo que al viejo Sócrates se le identificaba con un pensador poco convencional y nada interesado en el éxito material, amatorio o reputacional. La idea de una conversión en el campo de batalla y el consiguiente paso de la vida de soldado a la de filósofo se contradice con la participación de Sócrates en otras campañas militares posteriores,

durante varios años. Lo que sí es cierto es que este episodio nos ofrece un espacio útil para comenzar la investigación del Sócrates histórico y un puesto de observación privilegiado desde el que podemos mirar tanto hacia atrás como hacia adelante y descubrir toda la historia de la vida y los amores del filósofo y, por encima de todo, las verdaderas razones por las que decidió dedicarse a la filosofía: el viaje trascendental de su alma.